

AZUL PROFUNDO  
DIÁLOGO ENTRE VELADURAS

Como si de un gran poema —desnudo, sutil, sublime— vuelto paisaje se tratara, es que es posible no leer —no hay texto que lo exija—, sino dejarse tocar y permanecer en la más pura y absoluta contemplación de cada uno de las acuarelas y dibujos —la colección permanente del Museo de Arte de Sinaloa— en los que el maestro Edgardo Coghlan (Los Mochis, Sinaloa, 1928 – Estado de México, 1995), tan magistral y amorosamente, alude, retrata y desnuda —pone al descubierto— pasajes de la vasta, agreste, solar, luminosa, húmeda, exuberante y con frecuencia desolada geografía sinaloense; así como de la cotidianidad de quienes habitamos en ella, a veces sin darnos cuenta de la belleza infinita que el entorno nos ofrece y que únicamente el pincel, la mirada, la sensibilidad, la pasión por la vida y el alma misma de un verdadero artista, ha podido —para nuestro deleite— convertir en auténticas obras de arte.

Y como si de un gran poema —auténtico, conceptual, intenso— vuelto materia se tratara, es que es posible no leer —tampoco hay texto que lo exija—, no limitarse, no esquematizar, ni guardar distancia alguna; sino adentrarse, zambullirse; y, sin oponer ninguna resistencia y sin miedo al naufragio, dejarse llevar por el vaivén de las olas hasta navegar en los mares y cielos —abismos e infinitos— que Guadalupe Aguilar (Culiacán, Sinaloa, 1967), nos ofrece en *Azul profundo*; pieza-instalación en la que los materiales utilizados: parafina, cristal, metal cables acerados y lámparas led, son solo el ropaje ante la nitidez —exceso de claridad— expuesta en cada uno de los azules círculos —cosmos en sí mismos— que la conforman y que invitan a quien los mira —la recomendación es colocarse debajo y mirar hacia arriba— a adentrarse, perderse, reconocerse y encontrarse en sus profundidades.

En *Azul profundo*, Guadalupe Aguilar —artista conceptual y contemporánea—, crea transparencias, recoge improntas marinas; traza líneas, dibuja círculos y delinea espirales sobre el agua; juega, además, en escenarios lumínicos y tiende puentes —vasos comunicantes— con la tradición y la obra paisajista de Edgardo Coghlan: agua, mar, olas, costas, playas, arenas, brisa marina, mareas, marismas, manglares, vientos; palmeras, embarcaciones, astilleros, puertos, muelles, bahías, esteros, islas, campos pesqueros, niebla;

ríos, arroyos, vegetación, crepúsculos, nostalgias, recuerdos, lejanías, encuentros, añoranzas, quietudes, movimientos. Todo —todo— hace que ambas propuestas ocupen un mismo espacio y la mirada, ideas, sensaciones y sentimientos del espectador las reconcilie y las lleve a interactuar y dialogar entre sí.

Develar, velar, vislumbrar, entrever, atisbar, transparentar, correr las cortinas, ver la luz, pasar del otro lado; abismarse, descubrirse, perderse, encontrarse, dejarse llevar, tocar “la otra orilla”, quitar el velo: veladuras, es el concepto que abre la puerta y suscita la conversación —el diálogo— entre dos propuestas artísticas aparentemente disímiles, pero que en esencia comparten analogías y correspondencias que las hacen un universo en sí mismo, que invita a ser contemplado, develado y revelado. Por supuesto, la invitación exige sumirse en el sueño y en el viaje que el acto de soñar implica: levantar el ancla, soltar amarras y dejar —simplemente dejar— que el barco nos lleve mar adentro.

*Ernestina Yépez*